

Jóvenes

Una extraña combinación entre dolor y humor

David Hernández Garduño

Cuando alguien tiene que asistir por razones directas o indirectas a un hospital, se da cuenta fácilmente de que no existe mucha diferencia entre un hospital y otro; en casi todos podemos encontrar un ambiente similar: hombres y mujeres con batas blancas, paredes y luces con colores tenues, pasillos largos y escuetos, habitaciones que acumulan a lo largo del día las quejas y los rezos de las personas que las habitan y un silencio inconfundible que desvela una atmósfera de incertidumbre, de luchas que se gestan a diario entre la vida y la muerte, rostros que expresan con una sonrisa, respetuosa del dolor ajeno, la alegría de la nueva vida y rostros que, entre lágrimas y sollozos, se despiden de algún familiar o amigo.

Hace más de dos años que ingresé a la comunidad de los **Religiosos Camilos**, donde conocí a un grupo de jóvenes voluntarios muy peculiar; y cuando digo que eran originales lo digo en serio, pues de todos los grupos de voluntarios que yo había conocido hasta entonces éste tenía algo inexplicablemente diferente. **Amigos de San Camilo** se dedica a visitar todos los sábados del año a las personas en el *Hospi* de Zoquipan, en Guadalajara, Jal., principalmente a los niños que se encuentran en el área de pediatría y ahí se da un fenómeno especial: juegan, pintan, cantan, bailan y más de una vez se escucha una carcajada que sale de la espontaneidad de un comentario chistoso, como si se rompiera la atmósfera lánguida del hospital y en ese piso hay magia.

La labor de este grupo de jóvenes me ha forzado a cuestionarme sobre *¿cómo es posible que el dolor y el humor convivan en un mismo espacio?* Me ha costado mucho llegar a la respuesta y creo que tiene que ver con que, cuando somos niños o jóvenes, no nos educan o no nos explican que **vamos a sufrir, que vamos a envejecer, que vamos a morir**; se trata de un presupuesto del que se supone mucho pero del cual se sabe casi nada; *dolor, sufrimiento y muerte* son temas que - por miedo a hablar de estos asuntos - son excluidos de la realidad cotidiana y la sociedad pondera sobre éstos el bienestar, la lucha por la eterna juventud, la independencia y casi siempre se termina haciendo experiencia de estas realidades incómodas, con el pasar de los años, es decir, cuando ya no queda de otra; de hecho existen en las instituciones sanitarias reglamentos que impiden el ingreso a los menores de edad; incluso hasta en la mayoría de las familias mexicanas a los niños y adolescentes se les impide presenciar la agonía y la muerte de algún familiar.

Por eso, equivocadamente, cuando somos jóvenes pensamos que la muerte, la enfermedad, las limitaciones aparecen en los últimos años de vida, pero nunca caemos en la cuenta de que el cuerpo por ser cuerpo es vulnerable ante la enfermedad, independientemente de los años que se tengan.

Así resulta que vamos haciendo planes y más planes en la vida totalmente ajenos a lo vulnerables que somos. Sin embargo, cuando la vida nos asalta con una situación de enfermedad o sufrimiento, lo más cierto es que el orden de valores cambia, pero sobre todo uno aprende que las circunstancias no se pueden cambiar, pero sí la actitud con la que uno se enfrenta a ellas. No hablo de un acto heroico, sino de la máxima expresión de libertad.

El psiquiatra Viktor Frankl, quien estuvo en un campo de concentración nazi, escribió: “*si no está en tus manos cambiar una situación que te produce dolor, siempre podrás escoger la actitud con la que afrontes ese sufrimiento*”.

No hay nada, ni situación, ni persona que pueda entrar en aquel rincón donde nosotros somos totalmente libres. Es aquí donde se explica el lugar donde convergen el dolor y el humor, la libertad humana. Por esto, podemos encontrar a personas que, incluso a la mitad de una situación difícil, pueden seguir siendo amables, acariciar el alma con una sonrisa, apapachar con una palabra confortante, evitando hacer pagar los platos rotos a las demás personas.

En el hospital he tenido la oportunidad de conocer mil historias, tanto del personal que en él labora como de los pacientes y sus familiares, incluso las de los mismos jóvenes que realizan el voluntariado y que a pesar de sus problemas en casa, en su trabajo o en la escuela, saben acompañar con un gesto simple de bondad el dolor y el sufrimiento de otros. **San Camilo** no se equivocaba al afirmar que el hospital es una escuela de caridad; y los jóvenes hoy, al participar en un grupo como voluntarios, podemos tomar grandes notas para la vida, por eso quiero invitar a todos los jóvenes a que se sumen a las diversas iniciativas de voluntariado donde no sólo ayuden, donde no sólo pongan sus talentos y dones en favor de los demás, sino que, además, puedan adquirir una mirada más realista de la vida.